



Centro Bíblico Nuestra Señora de Sión
Av. Directorio 440 – C.A.BA.
www.centrobiblicosion.org

Primeras Palabras

Una reflexión desde el judaísmo sobre las lecturas del Primer Testamento de la Liturgia Cristiana Dominical.

Frecuentemente leemos y meditamos la primera lectura de la liturgia dominical desde el Evangelio o del Nuevo Testamento. Pero podemos dar un paso nuevo, diferente, y que sea acorde al carisma de Nuestra Señora de Sión: recibir el pensamiento judío sobre estas lecturas.

¿Qué piensa y dice el judaísmo sobre la Palabra de Dios, Palabra que en el Primer Testamento es común a la tradición judeo-cristiana?

Para compartir esta Palabra, la rabina Silvina Chemen (silvina.chemen@gmail.com), nos ayudará a leer las lecturas del Primer Testamento que corresponden al mes de **Agosto de 2021**

Esperamos brindar un aporte y un importante servicio a todos los hermanos con esta iniciativa.

Domingo 01 de Agosto de 2021- Domingo 18 durante el año

Éxodo 16,2-4.12-15

En aquellos días, la comunidad de los israelitas protestó contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad." El Señor dijo a Moisés: "Yo haré llover pan del cielo: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi ley o no. He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles: "Hacia el crepúsculo comeréis carne, por la mañana os saciaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor, vuestro Dios." Por la tarde, una banda de codornices cubrió todo el campamento; por la mañana, había una capa de rocío alrededor de campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino, parecido a la escarcha. Al verlo, los israelitas dijeron: "¿Qué es esto?" Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: "Es el pan que el Señor os da de comer."

Pan del cielo... En el desierto "llovía" pan del cielo... enviado por el mismo Dios. Siempre me intrigó cómo era ese pan, cómo vivía el pueblo de Israel la experiencia de alimentarse del cielo. Así nos cuenta el Pentateuco:

"...el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no. Mas en el sexto día prepararán para guardar el doble de lo que suelen recoger cada día."

Shmot- Éxodo 16:5

La pregunta es aún más abarcadora: ¿Qué significa alimentarse? ¿Acaso no tenían en el desierto la posibilidad de procurarse otro tipo de comida?

¿Qué atributo le agrega al alimento el hecho que venga del cielo? ¿Acaso sigue cayendo el maná sobre la tierra en nuestro tiempo? ¿Quiénes tienen el privilegio de recibirlo?

Éstos y otros interrogantes más que interesantes se pregunta el Zohar, un libro de mística judía, aproximadamente del siglo XIII, en Parashat Beshalaj. Y así lo explican:

A medida que nos acercamos más a Dios, el alimento que recibimos es más fino, más sutil, tiene menos deshecho, nutre el cuerpo y el alma. Por eso, mientras que el mundo come un pan tosco y grueso, el pueblo de Israel, cuando abandona la esclavitud y se dispone a ser un pueblo libre bajo la ley de el Pentateuco, recibe un alimento que llueve del mismo cielo, con propiedades superiores al pan ordinario, con un objetivo más elevado que la mera satisfacción del cuerpo.

El Zohar nos sigue explicando, que hay un nivel aún superior en cuestión de comida y saciedad, que es ese alimento que no tiene que ver con la comida concreta. Que tiene que ver con la sensación de tener satisfecha el alma. A ese pan llegan los que consiguen desprenderse de la mera necesidad física y procuran para sí otro tipo de nutrición: la que llena el espíritu. Continúa el relato con Rabí Eleazar que le pregunta a su padre Rabí Shimón Bar Iojai:

*En nuestro tiempo, ¿dónde podemos ver ese alimento superior?
Y el padre le contesta que cuando uno ayuda a una persona necesitada, no sólo le brinda sustento físico, sino que le alimenta el alma, al hacerle saber que no está solo, que hay alguien que piensa en él.
Así como cuando vamos a visitar a alguien que está enfermo, que no precisa de nosotros pan para el cuerpo, sino un sostén que le sacie la confianza, la fe, las ganas de seguir viviendo.*

Hasta aquí la interpretación del Zohar.

Ahora vayamos a nuestras propias lecturas.

Pasamos muchas horas de nuestros días, preocupados por el sustento material. Tanto, que a veces pareciera que creemos que es el único sustento necesario.

Deberíamos preguntarnos entonces sobre nuestra sensación de saciedad.

¿Sólo la comida nos sacia? ¿Conocemos acaso gente "llena" de comida, que no se siente satisfecha?

Es tiempo de interrogarnos sobre todo lo que nos alimenta, que no es necesariamente comida.

Cuánto recibimos y cuánto damos.

El Zohar lo liga al estudio de el Pentateuco. Y por supuesto, la experiencia de llenar parte de nuestro tiempo para saber, conocer, profundizar, nos da una sensación de dedicarnos a alimentar también el alma.

Y nosotros, además del estudio, ¿de qué más nos nutrimos? ¿Qué necesitamos para sostenernos en pie? Sed y hambre ¿de qué tenemos? Quizás sean el amor, la confianza, el reconocimiento, las ganas, el humor, los desafíos, el disfrute, la compañía, la escucha, el tiempo para nosotros y para los otros, los actos de bondad... los alimentos que no se ven y que sin ellos pareciera que nos faltan los nutrientes esenciales.

Pan del cielo...Alimento del cuerpo, que sacia el alma.

Pan del cielo que sigue cayendo sobre aquellos que deciden recoger su porción día a día del desierto cotidiano. Sobre aquellos que no hacen del sustento físico su único objetivo. Sobre los que creen y apuestan. Sobre los que se juegan por lo que consideran justo. Sobre aquellos que no son indiferentes ante el dolor de otros. Sobre aquellos que se emocionan con la emoción del otro. Pan del cielo sigue "lloviendo" del cielo. A nosotros sólo nos queda salir a buscarlo.

1 Reyes 19,4-8

En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: "¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!" Se echó bajo la remata y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo: "¡Levántate, come!" Miró Elías, y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: "¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas." Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Entre Pineas y Elías

Con Pineas un nuevo tipo entra en el mundo de Israel: el Fanático. "Pineas, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha alejado mi ira de los hijos de Israel por ser celoso con mi celo en medio de ellos, de modo que no los puse fin en mí"; (Números 25: 11). Fue seguido, muchos siglos después, por la otra figura de Tanaj descrita como un fanático, el profeta Elías. Él le dice a Dios en el Monte Horeb, "Yo he sido muy celoso para el Señor Dios Todopoderoso." (1 Reyes 19: 14). Estamos ante un gran riesgo. De leer el texto y llevarlo hacia donde nosotros nos conviene.

¿Cómo es eso?

Podríamos leer que tanto Pineas como Elías tuvieron éxito. Al primero, se lo premia con un pacto de paz y Elías, es en el imaginario judío, la figura más esperanzadora y tierna, aquel que vendrá a anunciarnos la redención, a quien esperamos en Pesaj y a quien nombramos en la circuncisión de nuestros hijos.

Pineas, un pacto de paz con Dios.

Elías, el que anunciará la paz en el mundo. Pero...

¿Cómo fueron sus historias?

La primera es la de Pineas. Después de no haber maldecido a los israelitas Balaam ideó una estrategia que tuvo éxito. Él persuadió a las mujeres Moabitas de seducir a los hombres israelitas y luego atraerlos a la idolatría. Esto provocó intensa ira divina, y una plaga estalló entre los israelitas. Para empeorar las cosas, Zimri, un líder de la tribu de Simón, trajo una mujer madianita al campamento donde se encontraban en una intimidad flagrante. Al ver semejante escena, Pineas-nieto de Aharón, el sacerdote tomó la iniciativa y apuñaló y mató a los dos, poniendo fin no sólo a la mala conducta sino que con este gente, cesó la plaga por la que 24.000 israelitas ya habían muerto. Esa es la historia de Pineas.

La historia de Elías comienza con la llegada de Acab al trono del reino del norte, Israel. El rey se casó con Jezabel, hija del rey de Sidón, y bajo su influencia introdujo el culto a Baal, un culto pagano, en el reino, construyendo un templo pagano y erigiendo un poste en Samaria en honor a la diosa madre ugarítica Asherah. Jezabel, mientras tanto, estaba organizando un programa para matar a los "profetas del Señor". La Biblia (I Rey 16) dice de Ajab que "hizo más mal que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira del Señor Dios de Israel".

Elías anuncia que sobrevendrá una sequía para castigar al rey y a la nación adoradora de Baal. Confrontado por Ajab, Elías lo desafía a reunir a los 450 profetas de Baal a una prueba en el Monte Carmel. Cuando todos están presentes, Elías explica cuál será el desafío. Ellos y él prepararán sacrificios y llamarán a Dios. El que envíe fuego desde el cielo será el Dios verdadero.

Los profetas

Baal lo hacen y llaman a su dios, pero no pasa nada. En un raro espectáculo de humor despreciativo, Elías les dice que clamen más fuerte. Tal vez, dice, Baal está ocupado o viajando o duerme. Los falsos profetas trabajan en un frenesí, gritando, hasta que su sangre fluya, pero no pasaba nada. Elías entonces prepara su sacrificio y hace que la gente lo aplaste tres veces con agua para que sea

más difícil de quemar. Luego llama a Dios. El fuego desciende del cielo, consumiendo el sacrificio. El pueblo, espantado, grita “El Señor - él es Dios! Y allí comienza una verdadera cacería. Leo porque no me atrevo ni a contarlo:

Entonces Elías les dijo: Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno. Y ellos los prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló. (Reyes I 18:40)

No cabe duda de que Pineas y Elías eran héroes religiosos. Entraron en la brecha en un momento en que la nación se enfrentaba a una gran crisis religiosa y moral.

Pero Pineas y Elías, no son los únicos personajes de la historia.

Nos estaríamos olvidando de toda la gente, de todo el pueblo, de otros dirigentes, que miraron la escena y en el caso de Pineas no hicieron nada.

En el caso de Elías, se sumaron al vandalismo y la locura fanática.

Actuaron mientras todos los demás, en el mejor de los casos, observaban. Presas de su celo, que lo único que provoca son actos sanguinarios. Estos dos fanáticos tienen las manos manchadas de sangre.

Y el pueblo que los acompañaba, las manos manchadas de silencio.

Pero entonces ¿por qué no son castigados? ¿Como terminan estas historias?

Su tratamiento tanto en la Torá escrita como oral es profundamente ambivalente. Dios le da a Pineas “mi pacto de paz”, una palabra que en el manuscrito bíblico está partida en dos. Prefiero entender que el pacto de paz no es un premio sino un mensaje: nunca más cometerás un crimen en nombre de Dios, porque el pacto de fe es la paz.

De hecho, en el judaísmo, el derramamiento de sangre humana es incompatible con el servicio en el Santuario (al rey David se le prohibió construir el Templo por esta razón: véase I Crónicas 22: 8, 28: 3).

Y con Elías pasa algo similar: Elías tiene que escapar porque la reina lo quiere matar.

Se esconde en el monte Horeb y allí Dios viene con su mensaje: Dios no se encuentra, ni se defiende en la confrontación violenta, sino en la mansedumbre y la palabra suavemente hablada.

La paz jamás será posible si el fanatismo es el lenguaje.

La paz llegará de las voces que cada uno de nosotros le dé al texto para recuperar el orgullo de ser herederos de una palabra que nos modifica la existencia y nos convoca a construir un mundo en el que las expresiones de todos tengan cabida.

Domingo 15 de Agosto de 2021 – La Asunción

Salmo responsorial: 44

Hijas de reyes salen a tu encuentro, / de pie a tu derecha está la reina, / enjoyada con oro de Ofir. R.

Escucha, hija, mira: inclina el oído, / olvida tu pueblo y la casa paterna; / prendado está el rey de tu belleza: / póstrate ante él, que él es tu Señor. R.

Las traen entre alegría y algazara, / van entrando en el palacio real. R.

Este salmo (para mi Biblia es el 45) es explicado en un libro de exégesis rabínica llamado Bereshit

Rabá de una manera muy hermosa.
Lo comparto con Uds. Qué lo disfruten.
Bereshit Rabá 39: 1

"Dios le dijo a Abram: 'Sal de tu tierra ...'" (Génesis 12: 1). Rabí Itzjak abrió: "Escucha, hija, mira, inclina tu oído y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre". (Salmos 45:11) Rabí Itzjak dijo: esto se puede comparar con un hombre que viajaba de un lugar a otro cuando vio un castillo resplandeciente. Dijo: "¿Es posible que este castillo no tenga una persona que lo cuide?" El dueño del edificio lo miró y le dijo: "Yo soy el amo del castillo' ". Lo que sucedió con Abraham nuestro padre fue similar. Él dijo: " ¿Es posible que este universo carezca de una persona que lo cuide? ", el Santo Bendito lo miró y le dijo: 'Yo soy el Amo del Universo' ". "Y que el rey se excite con tu belleza, ya que él es tu maestro" (Salmos 45:12) Y deja el rey se despertará por tu belleza en el universo. "E inclínate ante él" (Salmos 45:12) Por lo tanto, Dios le dijo a Abram, [ve ...]. Rabí Itzjak abrió: "Escucha, hija, mira e inclina tu oído, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre ". (Salmos 45:11) Rabí Itzjak dijo: esto puede compararse con un hombre que viajaba de un lugar a otro cuando vio un castillo resplandeciente. ¿Es posible que este castillo no tenga una persona que lo cuide? "El dueño del edificio lo miró y le dijo: " Yo soy el dueño del castillo ". Lo que pasó con Abraham nuestro padre fue similar. Él dijo "¿Es posible que este universo carezca de una persona que lo cuide?" El Santo Bendito lo miró y le dijo: "Yo soy el Maestro del Universo". "Y deja que el rey se excite con tu belleza. ya que él es tu señor ... "(Salmos 45:12) Y que el rey se despierte por tu hermosura en el universo. "E inclínate ante él" (Salmos 45:12) Por lo tanto, Dios le dijo a Abram: [Vete...]."

Domingo 22 de Agosto de 2021 - Domingo 21 durante el año

Josué 24, 1-2a. 15-17.18b

En aquellos días, Josué reunió a las tribus de Israel en Siquián. Convocó a los ancianos de Israel, a los cabezas de familia, jueces y alguaciles, y se presentaron ante el Señor. Josué habló al pueblo: "Si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién queréis servir: a los dioses que sirvieron vuestros antepasados al este del Éufrates o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis; yo y mi casa serviremos al Señor." El pueblo respondió: "¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto; él hizo a nuestra vista grandes signos, nos protegió en el camino que recorrimos y entre todos los pueblos por donde cruzamos. También nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!"

Probablemente la mayor conquista del pueblo de Israel, el mayor desafío y en muchos momentos de la historia bíblica, su mayor fracaso, fue la lucha contra la idolatría. Texto que aparece en este párrafo de Josué. Una y otra vez se vuelve a Dios pero la debilidad y el entorno los hacían en muchas ocasiones sentirse seducidos por otros dioses y otras prácticas. Al respecto escribí una reflexión que comparto con Uds.

Los ídolos que supimos conseguir

Pasó muy poco tiempo desde que el pueblo de Israel escuchó el primer mandamiento, Yo soy El Señor quien te sacó de la casa de esclavitud y el segundo: no tendrás dioses ajenos... (Ex. 20:3-6). Desde entonces y hasta ahora de una y mil maneras el judaísmo es una tradición-un lenguaje-una legalidad-una ritualidad o como quieran llamarlo, que lucha contra la idolatría.

Al punto tal que el Talmud (Avoda Zará 3) va a decir: "Quien niega la idolatría es como si cumpliera toda la Torá".

Y estarán pensando qué caso tiene seguir hablando de idolatría en un tiempo del mundo en el que

no es la idolatría la que nos quita el sueño. Y seamos sinceros. Ni la fe ni la idolatría están presentes en nuestras preocupaciones...

Es más. Creo que, en este tiempo, la historia del becerro de oro, ya ni siquiera nos escandaliza. No nos parece ni tan grave, ni tan pecaminosa.

¿La recuerdan? Estaban en el desierto. Moisés no bajaba. Necesitaban algo tangible que les dé fuerzas para seguir adelante... construyeron con toda su riqueza un motivo que los inspire a seguir, una figura que los organice, y les dé identidad... el becerro de oro.

El castigo fue severo. Y ese becerro quedó como el símbolo de la peor aberración en nuestra historia.

Hoy no tenemos ídolos de oro, de barro, de piedra... no bailamos frenéticamente alrededor de ninguna escultura... pero tengo mis dudas. No podría afirmar que no somos idólatras o que no tenemos actitudes idolátricas.

Y ¿qué es un ídolo?

Como dice Erich Fromm en “Y seréis como dioses” “Dios como valor supremo y fin, no es un hombre, el Estado, una institución, la naturaleza, el poder, la propiedad, la capacidad sexual, ni ningún artefacto hecho por el hombre”.

El ídolo es un sustituto, un fetiche.

El Dios de Israel es un Dios viviente, dinámico, y aunque suene extraño, cambiante, de acuerdo con las circunstancias y necesidad de su pueblo.

El ídolo es una cosa, terminada, acabada, y, por tanto, muerta. Le damos nuestro oro cuando no nos damos cuenta de que le estamos entregando nuestra dignidad y nuestra libertad.

Dios cuando habla se presenta a sí mismo como el Dios de la historia. “Soy quien te sacó de Egipto...”

Un Dios que no tiene nombre ni nada que lo fije a una definición.

Solo las cosas tienen nombre. Dios no.

Cuando Moisés se ausenta, el pueblo queda en un vacío que necesita cubrir de algún modo. Allí va a nacer la idolatría, el símbolo de una deidad, fijada en una escultura a quien llaman Dios. Por un lado, tranquiliza. Acota. Define. Por otro, amarra el concepto de Dios a un objeto y lo saca de la dinámica del tiempo para fijarlo en un pedestal.

Pero, entonces, ¿cómo se simboliza la presencia de Dios?

El modo que tenemos de simbolizar de algún modo esa presencia es su palabra. La piedra tallada, el pergamino escrito. Escritura que no es unívoca sino puerta abierta a múltiples significados.

Cuando hay un becerro o –y también podríamos decir– un solo modo, inamovible y dogmático de interpretar el texto, también estamos en presencia de un ídolo.

No necesitamos vaquitas de oro para ser idólatras. Es mucho más sutil cómo opera esto en nuestras maneras de vivir.

Stéphane Moses, un filósofo judío de origen alemán en su libro *el Eros y la Ley* escribe que “... para la Biblia, los ídolos no son las creencias de los otros, son todas las creencias, aún las propias, cuando están fijadas, fetichizadas, sustraídas al proceso de infinita búsqueda de sentido”.

Alguien idólatra dice comprender todo, cree que es capaz de ver todo y no tolera lo velado. No busca, porque todo está allí al alcance del entendimiento.

Un creyente busca, intenta, inquiere, incomoda...

Hay idólatras de becerros. Y hay idólatras también de la Torá.

Cuando no hacen del texto una búsqueda de sentido. Y no es posible apropiarse de lo infinito. Es más, no debemos apropiarnos de Este Salmo (que para mí es el número 30) comienza diciendo:

“Un cántico para la inauguración de la casa de David”

Ibn Esdras, un comentarista medieval andalus escribió: sobre el Salmo 30: 1: 1

Un salmo; un canto de dedicación de la casa - Hay quienes dicen que David mandó que los cantantes tocasen este canto en la dedicación del Primer Templo, y quienes lo dicen en la dedicación del Segundo Templo o el Tercero, porque comparó el tiempo del exilio a una época de enfermedad, como explicaré. Me parece que compuso esta canción en la dedicación de su propia

casa, la Casa de los Cedros, porque el salmo no menciona la Casa de Dios. Este uso es similar a "Los ciegos y los cojos no entrarán en la casa" (Samuel II 5: 8) como expliqué allí. En ese momento David se enfermó y luego se recuperó de su enfermedad. R 'Moshe dijo que David se lamentó cuando Natan le dijo que no construiría la casa para el Señor. Cuando le dijo que Shlomo su hijo construiría la casa, se vistió de alegría en lugar de su luto porque su hijo era como él y sus enemigos no podían menospreciarlo. Y dijo que el sufrimiento del alma es similar al sufrimiento físico, y aún peor en el sentido de que "el espíritu del hombre sostendrá su enfermedad..." (Proverbios 18:14).

El Salmo 30, una vez usado para inaugurar el Templo Sagrado, se usa hoy para inaugurar nuestras oraciones diarias, porque la sinagoga es un "Templo Sagrado en miniatura" y nuestras oraciones toman el lugar de los sacrificios. Es tanto una oración por el éxito como una declaración de agradecimiento. lo infinito.

La interpretación constante del texto bíblico tiene como fundamento el cumplir con un mandamiento; el que prohíbe la idolatría –en este caso, la idolatría del Texto– la que no permite el discernimiento ni la pregunta ni lo diverso.

La idolatría lo explica todo, nos llena de certezas y cubre ese vacío de modo total. Y este modo de entender nuestra tradición hace impotentes a las personas y quita al Dios de Israel de nuestras vidas.

Adoramos una cosa que han llamado Dios y nos hacen creer que su palabra tiene un solo modo de ser comprendida y de ser cumplida.

Pero no hay Dios con mayúsculas, ni hay Torá con mayúsculas si no estamos nosotros leyéndola, entendiéndola e interrogándola.

La fe de Israel es una fe en conversación, es histórica, es existencial y es liberadora.

Es de cada uno y de todos.

Es un camino para crecer.

Es una invitación a la independencia y a la fortaleza.

Honar la palabra de Dios y su mensaje es cuidar de no hacer de ella un nuevo becerro muerto sino una oportunidad para seguir viviendo.

Domingo 29 de Agosto de 2021 - Domingo 22 durante el año **Deuteronomio 4, 1-2. 6-8**

Moisés habló al pueblo, diciendo: - "Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir. Así viviréis y entraréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada; así cumpliréis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy. Ponedlos por obra, que ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos ellos, dirán: "Ciertamente que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente." Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos? Y, ¿cuál es la gran nación, cuyos mandatos y decretos sean tan justos como toda esta ley que hoy os doy?

Moisés se despide del pueblo no sin antes volver a recordar paso a paso todo lo vivido y lo entregado en el desierto para conformar este pueblo.

Y la pregunta es cómo será la vida y el cumplimiento de los mandamientos cuando él ya no esté.

La llave es apegarse a la ley y a la fe.

Al respecto me gustaría compartir cuál fue el compromiso que heredamos de aquellos que recibieron la palabra de Dios en el mismo monte Sinai porque de allí sacaremos algunas conclusiones.

“Y Moisés escribió todas las palabras del Eterno”.

Aparece la ley escrita, la palabra pasible de ser heredada por aquellos que no participaron de la revelación presencial. Aparece un texto y con él, un tejido infinito que requiere del libro y de las voces que lo leen y lo viven.

El filósofo Walter Benjamin en *Calle de mano única*, escribe:

“Para elaborar una buena prosa es preciso subir tres escalones: el musical, en el que hay que componerla, el arquitectónico, en el que hay que construirla, y por fin el textil, en el que hay que tejerla”.

Moisés entrelaza los primeros hilos, las primeras lanas de este tapiz que constituye el vínculo que tenemos con la ley de la Torá. Primero se la escuchó y a partir de allí constituimos un pueblo.

Desde entonces estamos tejiéndonos en sus sentidos.

Ya la primera generación comprendió el alcance de semejante obra y por eso respondieron:

*“Y tomó el Libro de la Alianza y lo leyó en presencia del pueblo; y ellos respondieron: ¡**Todo cuanto ha dicho el Eterno haremos y escucharemos!**”*

Naasé venishmá-haremos y escucharemos.

Muchas traducciones eligen en lugar de “escucharemos”, “obedeceremos”. Sin embargo, me gusta quedarme con la escucha, que es múltiple, personal, individualizada, no imponible. La escucha es la habilitación para recibir en nosotros el texto escrito de la ley, tamizarlo por las categorías de cada generación, y llevarlo a su mejor expresión.

Y cuando hablamos de pueblo y libro, no puedo resistir la tentación de volver a mi biblioteca y releer a Edmond Jabès, en *Del desierto al libro*. Les comparto un párrafo para que lo comentemos después:

“Es interesante señalar que los judíos siguen reivindicando la paternidad de Abraham, Isaac y Jacob y no la de Moisés, que, no obstante, es el único en haber tenido un verdadero diálogo con Dios. ¿Qué anuncia Moisés descendiendo del Sinaí? Que Dios es invisible y que Su palabra es el único vínculo con Él. La alianza con Dios, desde entonces, pasa obligatoriamente a través de estas Palabras. Responder a- y de- estas palabras es a partir de ese momento la seña de identidad judía. Moisés es efectivamente el intermediario, pero sólo eso. El judío se queda solo con el texto divino.”

Moisés nos asegura con su escritura nuestro protagonismo en esta Alianza, por generaciones. Nos lega un texto y una renuncia. La de él que no se lleva la experiencia de la revelación consigo y la comparte presencialmente con el pueblo de Israel, y eternamente a partir de la escritura con todas las generaciones que lo sucederán. La otra renuncia es la propia, la que cada uno de nosotros tiene que abrazar, que es aceptar la multivocidad de un texto que no tiene un solo significado, que nos exige escucha personal, que nos demanda no largarnos desenfrenadamente a la acción sin darnos ese espacio de encuentro con la palabra y sus sentidos. Pero que a su vez nos reclama no quedarnos quietos esperando que la Voz hable, porque eso no sucede si nosotros no nos hacemos cargo de nuestro lugar en esta conversación.

“Si una frase, un verso, sobreviven a la obra, –va a escribir Jabès– no es el autor quien les ha dado ese destino particular a expensas de otros, es el lector”.

Henos acá, todos lectores del libro escrito generosamente por Moisés para que escuchemos la palabra en cada época y en cada lugar y le demos el destino particular que corresponda.

La invitación es a la escucha. Al estudio. Al discernimiento. Y a la vida. Y esto, nadie podrá hacerlo por nosotros.